

que coloca la planta y la cubre con la misma tierra extraída. Se evitarían los inconvenientes de este sistema si los encargados de la operación tuviesen cuidado de colocar la tierra con que se cubre la planta en orden inverso del que tenía antes, ó sea, poniendo en el fondo la capa superficial y sobre esta la del subsuelo; pero ni aun esta precaución suele tomarse en la mayoría de los casos, lo que da por resultado la pérdida de un cincuenta por ciento de plantas. Estos inconvenientes desaparecen haciendo la apertura de las hoyas con unos cuantos meses de anticipación, con lo que, además de simplificarse los trabajos, se consigue que la tierra se asimile de la atmósfera las substancias fertilizantes de que carece.

Si hay en Guipúzcoa labradores que tengan el propósito de plantar á fines de invierno, deben proceder desde luego á la apertura de las hoyas, y en lo sucesivo, cuando traten de probar terrenos de monte ó secanos, hagan esta operación en la primavera, y la plantación á la entrada del invierno, teniendo cuidado de colocar la tierra extraída de las hoyas en dos porciones con el fin de ponerla, al cubrir la planta, en el orden inverso del en que se encontraba.

Plantar mucho y plantar bien: esto es lo que interesa. Que no hay riqueza que con menores dispendios reporte mayores beneficios.

LOS PESCADORES

Nada más penoso que ganarse la vida arrancando al mar sus riquezas: bien pueden decir los pescadores cuando regresan á sus humildes hogares, después de la fatigosa jornada: «No hemos perdido el día.»

Para los pescadores marineros, no hay más elemento que el mar: en él trabajan catorce horas diarias.

Tres horas después de la media noche ya está el pescador en su lancha; y cuando el sol se hunde en el Océano, piensa el hombre que ya es tiempo de volver á tierra, donde la mujer y los niños le aguardan con los brazos abiertos. En plena mar pasa el pescador su

vida, sin testigos de sus proezas, ni voceros de sus actos heroicos, luchando con los elementos embravecidos y con la naturaleza rebelde, y demostrando con hechos, y no con palabras que el hombre es rey de la creaci3n, y que con la inteligencia y con la voluntad la sujeta, la domina y la avasalla.

Es necesario ver 3 estos incansables obreros manejar sus aparejos, arrebatar al mar sus habitantes, luchar 3 brazo partido con los animales marinos que fieramente defienden su libertad, y desafiar 3 cada instante con 3nimo sereno la muerte que los sigue de cerca. Es aquella una labor de titanes, que, por realizarse en la inmensidad solitaria, no parece propia de hombres, sino de h3roes semidivinos.

La fe religiosa sostiene al pescador. Porque esa misma gentecilla desocupada que charla en torno de la mesa de un caf3, duda de Dios y se r3e con burlas volterianas, puesta entre cielo y tierra, en presencia de lo infinito, con la muerte por un lado y el hambre por otro, confesar3a 3 aquel Se3or que hizo tanta maravilla y tanta grandeza, y di3 el entendimiento para conocerla y utilizarla.

El pescador es hombre piadoso: en el nombre de Dios empieza sus tareas, en Dios conf3a siempre y 3 su bondad inacabable se encomienda en los diarios peligros; y el pescador es hombre de pelo en pecho, no d3bil mujercilla en quien quieren limitar la eficacia religiosa los fil3sofos sin letras en tabernas y cervecer3as.

Pero tambi3n tiene sus goces el humilde obrero del mar: la vuelta 3 la playa, despu3s de la jornada laboriosa, con la barca llena de reluciente pescado que el pescador muestra luego 3 la gente que le espera, con orgullo de conquistador satisfecho; el descanso en la pac3fica choza, el relato de los peligros pasados, la esperanza de un buen d3a 3 el recuerdo de un salvamento de n3ufragos.

Bien podemos decir aqu3, despu3s de pensar en los trabajos y zozobras de los pobres pescadores, aquellas palabras con que Sorolla titul3 su cuadro del pescador herido:

«Y aun dicen que el pescado es caro!»

